

tas: anidan en el corredor lo mismo que en los árboles; en un cedro muy coposo a cuya sombra nos sentábamos, había siete nidos muy bajos y ellas se quedaban muy tranquilas echadas, sin inmutarse por nuestra presencia. En Monte Grande (F. C. S.) lo mismo que en otros lugares, también encontré muchas, pero muy ariscas.

La calandria (*Mimus modulator*). — Abundan en Zelaya estas aves; como nadie las persigue, hasta en los cardos de castilla construyen el nido. Son muy mansas y cantoras, imitan el canto de cualquier otro pájaro y silban tan perfectamente que hasta pueden confundirse con alguna persona. Son fáciles de criar de chicas, pero si se les toma grandes difícilmente viven en cautiverio.

Nidificación de la tijereta. — En la manija de una tranquera, por la cual se transitaba continuamente, una tijereta construyó un nido y puso un huevo, pero tuvo que abandonarlo; otra lo hizo en un hierro que había sido colgado para peso en una parva de pasto y puso cinco huevos y sacó sus pichones.

Alimentación de la garza (*Tantalus americanus*). — Además de ser muy destructora de langosta, se alimenta de sapitos cuando éstos se hallan en cantidad.

CELIA B. DE PEREYRA.

EL VUELO DE LOS CONDORES (*VULTUR GRYPHUS* Lin.)

En varias oportunidades he tenido la felicidad de observar el vuelo magistoso, con planeos indefinidos, de estas aves gigantes. Las tres primeras que enumero a continuación, fueron en la provincia de Córdoba. Una, allá por el invierno de 1916, en el Cordón Oriental de las sierras de esa provincia, frente a la Cuchilla de los Crespos, al Este del valle de los Reartes. Otra, en el verano de 1921, en el Cordón Central de las sierras, en el borde de la Pampa de Achala, al salir por la Cuesta de Argel. La tercera, en febrero de 1926, en la quebrada llamada la Caída de los Cóndores, situada al Sur, sobre el Cordón Occidental. Y recientemente los he observado en enero del corriente año (1928), en la provincia de La Rioja, en el lugar denominado Portezuelo del Remanso, ubicado sobre el cordón del Famatina.

Lo que pude mirar en todas las oportunidades, a continuación lo expongo algo sintetizado.

Parece que los cóndores fuesen aves curiosas, tan pronto como notan la presencia de jinetes o peatones, ya sea en las cimas de los picos o en las profundidades de las quebradas, se lanzan desde sus escondrijos o dormideros, o dirigen su vuelo al lugar llamativo, si andan en el aire describiendo las amplísimas espirales de la trayectoria de sus paseos aéreos. Pasan por encima de los viajeros, a veces a tan poca altura, que la vista de un miope como yo puede distinguirles el ojo con nitidez, cuando al pasar, ladean la cabeza para escudriñar.

Si hay calma en la atmósfera, sus extensos planeos se prolongan por espacio de 1 a 2 minutos, pudiendo impulsarse en su ascenso o descenso, avanzar en una palabra, por el movimiento de las remiges metacarpales al moverlas de adelante atrás, describiendo una onda, cosa que se observa fácilmente cuando pasan silenciosos a pocos metros de distancia de la cabeza del observador. En otros momentos los he visto luchar con el viento impetuoso de las alturas; su cola cuadrada era el timón que con golpes ciertos resistía a los embates. Otras veces me he deleitado contemplándolos con sus alas y cola rígidas y extendidas como estacados, pairar contra el viento o bien avanzar lentamente. En algunos casos, aprovechando la proximidad a que pasan del observador, en las espirales del vuelo, les he hecho disparos de revólver, y, sea por causa de la detonación o del silbido de la bala próxima, al cabo de unos segundos han reaccionado con alguna pirueta o un movimiento pasajero de las alas, para después continuar con las amplias espirales de su vuelo sublime, hasta alejarse poco a poco y perderse de vista como punto en el espacio, tal vez al no ofrecerles interés el objeto que antes les llamó la atención.

ALBERTO CASTELLANOS.

SOBRE LA CAZA DE LA MARTINETA **(CALOPEZUS ELEGANS)**

La costumbre de estas aves, de no volar más que cuando se consideran amenazadas por un peligro inminente, ha dado lugar a su atrapado por arreo a mangas especiales.

La fotografía que acompaña esta nota, obtenida en la costa de Golfo Nuevo, en agosto del año pasado, muestra una manga establecida aprovechando la intersección de dos alambrados convergentes, en cuyos hilos inferiores se han fijado ramas suficientemente juntas como para que sus partes más tupidas, que se colocan a ras del terreno, no dejen paso fácil a las aves. Junto al poste esquinero se ha dejado una abertura en la cual se encuentra la en-